



ARTE

Museo Ruiz de Luna en Talavera: Cerámica a la vista

Soledad Gabriel y Galán

El pasado mes de febrero se inauguró en Talavera de la Reina lo que posiblemente se convertirá en uno de los futuros emblemas de esta ciudad: el Museo Ruiz de Luna; un museo dedicado en su totalidad a albergar una de las colecciones de cerámica más importantes de nuestro país.

La remota tradición alfarera talaverana queda bien reflejada en esta colección, compuesta por piezas salidas de los hornos medievales y que van teniendo continuidad en los distintos periodos históricos hasta llegar a nuestros días. De todos es conocida la relevancia que este quehacer artesanal ha tenido siempre en Talavera (de ahí su sobrenombre "la ciudad de la cerámica"), unida en muchos momentos a su vecino Puente del Arzobispo, y que supo adaptarse y evolucionar de acuerdo con los cambiantes gustos que el paso del tiempo iba marcando, llegando a crear un estilo o marca definitoria propia que le hizo alcanzar una fama cuyos ecos aún resuenan más allá de nuestras fronteras.

Es por todo ello por lo que un museo como el Ruiz de Luna estaba pidiendo a voces su apertura desde que en 1963 el Estado, junto con la Diputación Provincial y el Ayuntamiento, adquirieran la colección. Muchos años han pasado desde entonces, años en los que las piezas permanecieron embaladas en los sótanos del antiguo Banco de España, años en los que se intentaba acordar un emplazamiento idóneo y definitivo para este patrimonio, años en los que se acometían obras y rehabilitaciones más lentas de lo que la paciencia es capaz de soportar... Y es que ya se sabe: las cosas de palacio van despacio. Pero cuando las interminables esperas se ven recompensadas con estimulantes resultados, entonces la memoria, gracias a Dios, olvida problemas y fatalidades para que

uno pueda recrearse y disfrutar de las cosas bien hechas. Es lo que sucede ante el Ruiz de Luna.

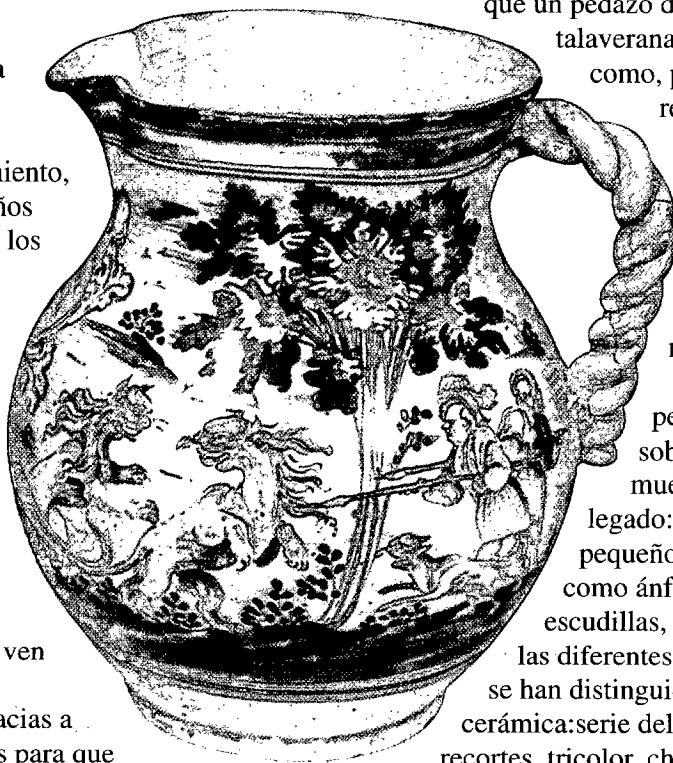
Al principio fue el hombre

Aunque si se ha llegado hasta aquí ha sido, y esto sí que debe recordarse, gracias al interés y tesón de un personaje singular: Juan Ruiz de Luna. Nacido en Noez (Toledo) en 1863, la casualidad quiso que recalara en Talavera para fundar en 1908 el alfar de Nuestra Señora del Prado con la idea, no sólo de producir, sino también de recuperar la cerámica tradicional que en esos momentos se encontraba en franca decadencia. La fábrica de Ruiz de Luna consiguió devolver ese esplendor perdido realizando exquisitas piezas que se encuentran repartidas por toda nuestra geografía, cosechando, a la par, multitud de premios y galardones. La devoción de Ruiz de Luna por la cerámica le hizo recorrer cada pueblo y lugar donde intuía

que un pedazo de la tradición cerámica talaverana estaba presente. Fue así

como, poco a poco, consiguió reunir esta magnífica colección compuesta por más de 1.500 piezas y que en un principio estuvo expuesta, para la admiración de cualquier interesado, en el gabinete-museo de su taller.

Si bien su obra no pudo perdurar, pues la fábrica sólo sobrevivió 15 años tras su muerte, sí nos ha quedado su legado: un sinfín de piezas de pequeño formato (piezas de forma) como ánforas, orzas, lebrillos, bacías, escudillas, tinteros...decoradas según las diferentes series que tradicionalmente se han distinguido en el estudio de la cerámica: serie del esponjado, de mariposa, de recortes, tricolor, chinesca, policroma, alcoveña,





Exposición Permanente.

del pino, de la Guerra de la Independencia etc. Todo ello junto a piezas de mayor tamaño (azulejería) como los losados, frentes de altar o retablos, entre los que se encuentran, por ejemplo, el de San Juan Bautista (s.xvi) o el de La Anunciación (s.xvii). Toda una fortuna digna de admiración.

Piedra sobre piedra

El museo, finalmente, está ubicado en lo que fue el antiguo convento de San Agustín, del que se ha mantenido su antigua organización de dos patios interiores y la fachada, restaurada siguiendo la técnica originaria. El proyecto de rehabilitación fue realizado por Manuel Barbero, quien contó con la colaboración de Carlos Picardo en la dirección de obra.

Por otro lado, el proyecto museográfico fue llevado a cabo por Manuel Serrano y Marta Rodríguez, impregnando el espacio de un alto sentido escenográfico. Traspasar las puertas del museo supone adentrarse en un mágico y misterioso juego de luces y sombras que resaltan únicamente lo que tiene valor: la cerámica. El conjunto se distribuye en tres plantas y un sótano. El sótano da cobijo a unos almacenes y a la sala de arqueología, pequeña y testimonial

que, a modo de paseo iniciático, encamina los pasos de los visitantes hasta el podio/vitrina donde se encuentran expuestos los testimonios cerámicos más antiguos.

En la planta baja se distribuye el resto de la colección, por orden cronológico y de series, expuesta en vitrinas que van rodeando el perímetro de los patios, reservando un espacio especial para Ruiz de Luna y con una sala de audiovisuales en el encuentro de ambos patios.

La primera planta pierde el carácter intrigante para convertirse en un espacio más funcional donde se sitúan las exposiciones temporales, el almacén visitable y el salón de actos.

Por último, la segunda planta alberga la biblioteca, los despachos administrativos y de dirección así como unas salas de conservación y restauración.

La comunicación entre plantas la establece una escalera que permite el uso independiente de los distintas zonas del museo y que se va transformando en cada tramo, realizada en bloques ciclópeos de granito para descender a la sala arqueológica, de vigas de madera con herrajes de hierro en el ascenso a la primera planta y de ligeras estructuras metálicas en las alturas de la segunda planta. Un conjunto, en fin, que merece la pena ser visitado con detenimiento.



Retablo de Santiago.

Futuro próximo

Al frente del museo figura Rafael García Serrano, quien se encuentra realmente ilusionado con este nuevo proyecto y que nos comentó cuáles habían sido los criterios utilizados para la selección de las piezas expuestas: “En primer lugar hay que advertir la presencia de dos grupos claramente diferenciados, por un lado están las piezas de forma y por otro lado la azulejería. En azulejería la colección es excepcional y estamos a la cabeza tanto en número como en calidad, con un nivel superior al resto de las colecciones que existen en nuestro país, tanto públicas como privadas. Sin embargo, por problemas de espacio, no puede estar expuesta en su totalidad. En cuanto a las piezas de forma, se ha procurado proporcionar una representación de todas las series, aunque existen algunas lagunas en la serie polícroma o en la serie tricolor donde falta algún subtipo como, por ejemplo, con figura humana. Pero en nuestro ánimo está el ir completando la colección, sobre todo con piezas de carácter más excepcional, pues de las producciones populares hay amplia presencia. De ambos grupos se han seleccionado las mejores piezas, si bien hay

algunas importantes que se encuentran todavía en proceso de restauración. Una vez terminadas seguramente se hará algún cambio, pero esto es normal, un museo nunca permanece estático. Lo que no cambiará, en principio, es la estructura general por series.

Por otro lado, el extenso fondo de la colección nos permitirá dos cosas: una, montar el almacén visitable que espero quede instalando a lo largo de este año, y dos, organizar exposiciones sobre temas más monográficos”.

En cuanto a las exposiciones temporales, el museo se ha inaugurado en una muestra vasta y representativa de lo que hoy se hace en Talavera, pero como su nombre indica, son temporales, y para el futuro, García Serrano ya tiene algunos proyectos: “Creo que hay que abrirse y traer exposiciones de cerámica de otros lugares de España. Todo ello enriquece. Conviene también ir rescatando artistas individuales, donde el campo es enorme. Tengo además dos ideas que requieren más tiempo, pero que espero poder llevar a término. Una es la de encargar una obra de formato uniforme a un número determinado de diseñadores internacionales, para que la interpreten a su modo y que después esas piezas se queden en el museo. Pienso que sería muy interesante ya que la cerámica talaverana, como ha venido haciendo a lo largo de los siglos, debería sintonizar con las formas de creación actuales, y esto podría suponer un estímulo para la renovación. La otra idea sería hacer un intercambio con los ceramistas de Puebla de los Angeles, en México, quienes elaboran lo que ellos llaman “las talavera”, por influjo de algunos alfareros que debieron instalarse allí en época virreinal. Esto también sería entrañable y didáctico. Ya veremos. En la medida que haya recursos se irán haciendo cosas”.

Pero como a la imaginación nadie le pone trabas, él ya sueña, incluso, con una ampliación del museo: “la ampliación natural es la iglesia del convento. Es primordial que se recupere dicha iglesia porque es obra de uno de los grandes tratadistas de la arquitectura barroca española, Fray Lorenzo de San Nicolás, y Talavera no puede permitirse el lujo de perder otro edificio tan significativo, independientemente del uso a que se destine. Pero su justificación como ampliación del museo es clara, pues, por un lado, forma una unidad con el antiguo convento que hoy es museo, y por otro lado sería el emplazamiento natural de todas las piezas de la colección de carácter religioso como los retablos, frentes de altar, piezas de uso litúrgico...que por contexto estarían mejor expuestas y se verían mejor. Además, nos encontramos con el problema de las portadas, suelos, azulejerías de escaleras, etc., presentes en la colección, pero no expuestas, porque necesitan grandes zonas con perspectiva para poder ser contempladas correctamente. La iglesia nos proporcionaría ese espacio del que estamos faltos”.

El Museo Ruiz de Luna tendrá muchos objetivos que cumplir, pero el primer paso ya está dado. Por fin. ■